

amagaba la existencia del hombre que la habia consagrado una adoracion sin límites, se apresuró á constituirse á la cabecera del lecho, permaneciendo á su lado hasta que le vió exhalar el último suspiro.

Doña Lucía, su hija Renata, y otras varias señoras que habian acudido al casamiento y presenciaron el triste desenlace, se despidieron de Guillermina, con el objeto de ir á despedir á la condesa, por manera que quedaron en la alcoba solamente, despues del acto de administrar al enfermo, Ildemaro, Guillermina, el doctor Alonso, fray Benigno y un médico de cabecera.

El conde, pocas horas antes de morir, recobró toda la plenitud de su entendimiento; se hizo cargo de la situacion, habló con Guillermina, con el doctor de cosas particulares, luego manifestó desear hablarles en secreto, debiendo asistir á la conferencia únicamente fray Benigno.

Cumplióse en efecto su deseo; y cuando estuvieron solos, dijo al doctor:

—Amigo mio: V. como hombre de ciencia, comprende que voy á morir, ¿no es cierto? No importa que V. lo declare, pues yo me hallo convencido de esta verdad.

El doctor bajó la cabeza, y nada dijo; pero su silencio era una respuesta afirmativa.

Guillermina se enjugó dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos. El conde las vió, y la dijo:

—No llores por mi muerte, ruega solo por mi alma, porque eres un ángel, y tu súplica será atendida por el Señor.

—Se está V. fatigando, y es preciso que procure descansar, le dijo fray Benigno; así pues, si algo tiene que comunicarnos, le escucharemos, dejándole despues entregarse al reposo que necesita.

El enfermo contestó con una entereza admirable estas palabras:

—Casi siempre en la hora de la muerte dá el Señor fuerzas para que cada individuo deje en la tierra arreglados sus asuntos; yo me encuentro ahora en ese período de fortaleza, y quiero aprovecharle, procurando dejar felices á todos los que en el mundo me han distinguido con su afecto.

—En este caso, lo primero debe V. pensar en su hijo, que tiene mas derechos á su consideracion, le dijo el misionero.

—Su suerte la tengo asegurada dejándole mi título y mis bienes; ahora quisiera recibir la promesa de una muger, que anhelo sea su esposa, pudiendo morir con la esperanza de que le hará feliz.

—¿Y quién es ella? ¿desea V. que se la llame?

—Sí, por cierto, quisiera verla, darla mi último adios, y arrancar de su lábio esta promesa.

—¿Su nombre?

—Silvia, es la interesante niña que con el nombre de Zoa ha vivido siempre con Guillermina.

—Vendrá muy pronto; voy á dar las órdenes oportunas para que se realice este deseo, exclamó Guillermina levantándose para salir, pero se opuso el doctor diciendo:

—No se incomode V., señora; iré yo mismo.

Cuando el doctor salió, le fué siguiendo la prolongada y triste mirada del conde; luego, clavándola en Guillermina, preguntó:

—¿Al volver ese hombre á esta casa, ha declarado su verdadero nombre?

—No, amigo mio; pero lo he adivinado, se lo he dicho, y no ha tenido valor para negarlo.

—¿Y persiste en su idea de marcharse con la condesa?

—Lo ignoro; su conducta ha sido siempre un misterio, y siguen siéndolo sus intenciones.

—¿Pero al descubrirse, habrá mediado algo entre vosotros?

—Lágrimas y sollozos, nada mas; esplicacion ninguna.

Guillermina decia la verdad.

El conde, exhalando un suspiro, continuó:

—¿Quieres que le hable directamente? ¿deseas que arranque de su pecho ese secreto fatal, y que le haga arrodillarse á tus piés?

—Nada de eso quiero, amigo mio; mi único deseo es tu amor, tu cariño; si tú vives, seré tu esposa, si mueres, seré una muger desgraciada que ha perdido acaso por su culpa el mejor de los

hombres, y me consolaré rezando en tu tumba y teniendo siempre grabada tu memoria en el fondo de mi corazón.

—Bien, callaré; pero permíteme al menos, que reclame su protección para tí.

No pudo decir mas, porque el doctor volvió á entrar en la alcoba y dijo:

—Su deseo queda cumplido, no tardará Silvia en venir.

—Mil gracias, doctor; ahora voy á dejar á V. recomendadas todas las personas que me son queridas.

—Como V. guste; haré por ellas lo que haria V. mismo.

—Lo creo; en este concepto le ruego que no abandone nunca á Guillermina, que la distinga con su protección, con su cariño, que la conceda cuantos medios estén á su alcance para que pueda terminar dichosa esta vida que ha pasado hasta hoy tan triste, tan llena de amargos sufrimientos. ¡Ay! la he amado-mucho, ha estado á punto de ser mi esposa; pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo, y me duele morir sin dejar asegurada su dicha futura.

—Tranquilícese V., señor conde, y abrigue la convicción de que Guillermina será feliz, dijo con visible emoción el doctor.

—¿Me lo promete V.? exclamó el enfermo.

—Se lo juro, dijo solemnemente el doctor estrechando la mano que el conde le tendía.

—¡Gracias!... dijo éste; ¡mil gracias!... ya puedo morir tranquilo.

Guillermina le recompensó con una mirada de profunda gratitud.

—¿Tiene V. alguna otra persona que recomendarme? repuso el doctor.

—A mi hijo, nada mas; V. ya sabe mi deseo: enlazarle con Silvia; esta jóven es un ángel, y si consigo que le ame, será para él un beneficio inmenso, porque endulzará con su cariño la triste soledad en que se queda.

—Yo me encargo de eso, dijo Guillermina, y prometo hacerle dichoso.

Esta vez fué ella la que recibió en pago la mirada de gratitud con que el enfermo recompensó su consoladora promesa.

—Ahora que venga mi hijo, exclamó el enfermo empezando á sentir la fatiga precursora de la muerte. Y tú, Guillermina, retírate; necesitas descanso, y á mí me basta para compañía la presencia de fray Benigno, que no me abandonará hasta cerrar mis ojos, ¿no es verdad que puedo recrearme con esta esperanza?

—Sí, señor; permaneceré á su lado todo el tiempo que V. quiera, dijo el misionero con dolorido acento, sintiendo en el fondo de su corazón aquella súplica que le impedía despedir á la condesa.

Ildemaro entró, y al propio tiempo salieron Guillermina y el doctor, sin hablarse una palabra, sin mirarse: él profundamente afectado, ella inquieta, desasosegada; pero ambos silenciosos y sombríos.

Lúcas, que no quiso acostarse mientras no lo hiciera su mamá, se habia dormido en una butaca, teniendo la cabeza apoyada en el respaldo en una posición bastante incómoda. Guillermina se acercó á él, se sentó en un sillón inmediato, y le hizo variar de postura sin despertarle, haciendo que apoyase la cabeza en sus rodillas.

Luego besó su frente, y llevándose el pañuelo á los ojos, se puso á llorar; el doctor le contemplaba inmóvil, apoyado en las cerradas maderas de un balcón.

Así permanecieron mas de una hora; ya era completamente de día cuando Ildemaro salió de la alcoba pálido, angustiado, y arrojándose en un diván, rompió en desconsoladores sollozos. En aquel momento llegaron doña Lucía, Silvia, Renata y Senen, que acababan de despedir á la condesa.

—¿Cómo se encuentra?... preguntaron mas bien que con la voz con una indicación espresiva.

—No hay esperanza, les dijo Guillermina moviendo tristemente la cabeza y sin moverse de su asiento, donde continuó llorando y sosteniendo la infantil cabeza de su hijo, que dormía con la dulce tranquilidad de la adolescencia.

Ildemaro, al ver á Silvia, hizo un esfuerzo para contener su llan-

to, la tomó de la mano y llevándola á la presencia del moribundo, le dijo:

—Aquí está Silvia, padre mio; ¿tenia V. algo que decirle?

—Sí, contestó el conde con apagada voz abriendo los ojos para fijarlos en la jóven; quiero preguntarla, si amará á mi hijo como me amó á mí.

—Esa pregunta ha podido V. hacérsela á Ildemaro; pues adivinando su deseo, hace tiempo que nos amamos, laticando acordes nuestros corazones, dijo ella.

—¡Gracias, hijos míos!.... seréis esposos ¿no es verdad?

—Sí, señor, contestaron los dos á un tiempo, enlazando sus manos entre las heladas del conde.

—Pues recibid mi bendicion y mi último suspiro..... adios... hijo mio!....

—¡Padre querido!.... gritó Ildemaro arrodillándose.

Silvia le invitó; ambos querian recibir de rodillas el postrer aliento de su padre; mas no fueron solos, porque Guillermina, apenas sintió el dolorido grito del pobre huérfano, hizo una seña al doctor para que ocupase su puesto, y dejando á Lúcas apoyado en su pecho, entró en la alcoba arrodillándose al lado de los jóvenes.

El moribundo la vió, estrechó la mano de los tres y aun pudo murmurar con entrecortado y débil acento:

—Adios..... Guillermina..... sé feliz, yo te lo ruego....

Luego, dirigiéndose á Ildemaro, le dijo:

—¡Hijo mio!.... adios..... si un dia ves á tu madre, perdónala, y no la rechaces de tus brazos..... con el culpable..... es preciso tener misericordia..... y se le..... conduce al arrepentimiento..... adios..... hijos míos..... Silvia..... Guillermina..... rogad á Dios por mí.....

Estas fueron sus últimas palabras; la luz de su mirada se estinguíó por completo, apagando aquella existencia generosa y noble.

Ildemaro se abrazó al cadáver de su padre queriendo devolverle la vida con el calor de sus besos: su dolor era inmenso; tuvieron que arrancarle de allí, como igualmente á Guillermina y Silvia,

que lloraban estrechamente abrazadas y conservando entre las suyas la mano que el conde las tendió en el momento de morir.

Casi todas las personas que habian estado á despedir á la condesa se presentaron á informarse de la salud del enfermo y le encontraron cadáver.

Lúcas se habia despertado, y desprendiéndose de los brazos del doctor, que le estrechaba con viva emocion, fué á refugiarse en los de su madre.

Adalberto entonces, reparando en el doctor, le dijo:

—¡Cómo! ¿aun está V. aquí, señor doctor? la condesa acaba de partir.

—Tengo mi coche preparado y la alcanzaré al momento, dijo buscando su sombrero y preparándose para salir.

Guillermina le miró aterrada y murmuró:

—¡Dios mio!.... ¡se marcha!....

Empero su ansiedad se calmó al encontrarse sus ojos con la mirada del doctor, no con la mirada indiferente y fria de siempre, sino con otra dulce, fija, acariciadora mirada que era una promesa, una demanda de perdon, una protesta de amor.

—¿Se marcha V., doctor? le dijo.

—Sí, amiga mia; siento abandonar á Vds. y este dichoso pais; pero estoy al servicio de la condesa y no puedo dejarla; adios, señora.

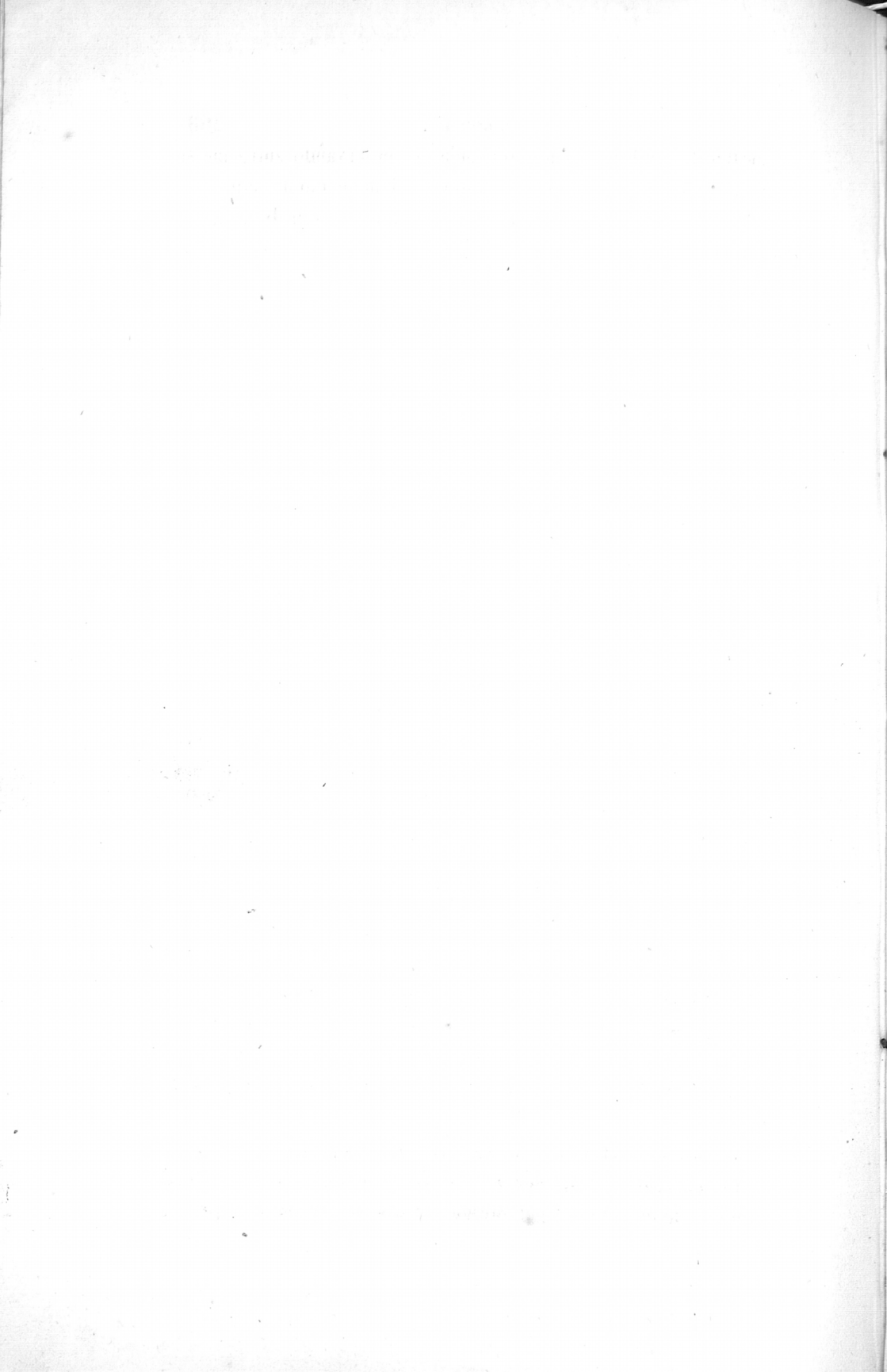
—¡Doctor!.... adios.... dijo ella reteniendo un momento entre las suyas aquella mano temblorosa.

—Volveré, murmuró él con acento perceptible solamente para Guillermina.

Luego se despidió de los circunstantes, abrazó á Lúcas, á Ildemaro y á Senen. Entró en la alcoba, cambió unas palabras en voz baja con fray Benigno, y besando en la frente al cadáver, murmuró:

—¡Descansa en paz!.... tu deseo será cumplido.

Despues salió precipitadamente de la alcoba, alejándose de la casa donde habia entrado por última vez con el disfraz de negro.



EPÍLOGO.

~ ~ ~

CAPÍTULO PRIMERO.



N mes ha trascurrido desde los sucesos que referimos en los últimos capítulos de la cuarta y última parte de nuestra obra.

Muchos de los personajes han viajado en este tiempo; nosotros tambien, lectores míos, hemos viajado, pero de una manera invisible, sin sentir la mas pequeña fatiga. Figuraos que os habeis dormido, encontrándoos al despertar en Barcelona, pues nos hallamos en la industriosa y bella capital de Cataluña.

La condesa de Paraná, que nos ha precedido, se encontraba hospedada en una elegante fonda situada en la Rambla, no habiendo podido embarcarse para proseguir su viaje al Brasil por el estado del mar, que anunciaba un naufragio seguro y además porque llegó á Barcelona enferma, quebrantada y triste.

Su aposento era una magnífica sala del piso principal, con dos gabinetes laterales; en el de la derecha hizo colocar todos los muebles de su uso particular, que no abandonaba en ninguna ocasion.

Uno de ellos era una elegante y cómoda cama de muelles que se plegaba, quedando reducida á un pequeño volúmen; en ella se hallaba Alejandrina reclinada. Hizo que la colocasen cerca del balcon, para poder contemplar constantemente, no los paseantes de la Rambla, sino el cielo, el hermoso azul del firmamento, á donde dirigia siempre sus ojos nublados de lágrimas y reflejando una mirada de dolor.

Lindora no se apartaba de su lado; pero en el momento á que nos referimos salió á uno de los salones de la fonda á preguntar por Federico.

El apuesto y gallardo hijo de Marciana, que aguardaba constantemente las órdenes de la condesa, se presentó enseguida. Estaba asomado al balcon.

—¿Qué hace V. tan entretenido? le preguntó Lindora acercándose para contemplar el objeto que le llamaba la atencion.

—Quería reconocer la fisonomía de ese jóven que lleva el organillo; á ver si V. es mas feliz y me ayuda en la investigacion.

Lindora salió al balcon apoyándose en la barandilla.

El que deseaban reconocer era un jóven de diez y ocho á veinte años, bastante guapo, gallardo; si bien su fisonomía sarcástica y altanera revelaba el egoismo y el orgullo. Iba vestido de una manera desastrosa; su traje, que de nuevo sería elegante, hacía conocer por lo destrozado la decadencia actual de su dueño y su triste posicion, que le obligaba á adquirirse un pedazo de pan de una manera bien poco cómoda; pues consistia en llevar siempre colgado al cuello un organillo al que, paseando las calles de Barcelona, hacía reproducir mil y mil veces sus graciosas sonatas, que divertian el ánimo de algun espectador, fastidiando á la generalidad de los catalanes, que son poco afectos á esos medios vagamundos de ganarse la vida.

Sin embargo, el jóven del organillo iba de paso y no podia molestarles mucho. Llegaba de Italia sin recurso alguno para hacer el viaje mas cómodamente, y se dirigia á Madrid implorando la caridad y regalando las armonías de su organillo.

—¿No le conoce V., Lindora? volvió á repetir Federico.

—No, señor; á pesar de que su fisonomía no me es desconocida. El jóven se habia parado delante del balcon.

—¿Eres italiano? le preguntó Federico.

—Soy español; pero vengo de Italia, contestó el jóven.

—Estraño mucho que un español tome semejante modo de vivir.

—La necesidad, señor, la necesidad; no tenia medios para volver á mi patria, y este instrumento me los facilita.

—Desde luego me parecia que no eras italiano.

—Deme V. unas cuantas monedas, y seguiré tocando.

—Te las daré de buena gana; pero cállate, porque esos sonidos incomodan á una enferma por cuyo reposo velamos.

—Está bien, ya me callo; pero reclamo el cumplimiento de su promesa.

—Corriente: ahí vá un napoleon; ¿cómo te llamas?

—Sisebuto, dijo el jóven tomando la moneda y manifestando su gozo por la emocion con que la guardó.

—Parece que te agrada, ¿eh?

—¡Oh! sí, señor; con pocas de estas que tuviera, arrojaba el organillo.

—Quizá te dé algunas mas; arréglate en cualquier rincon de esta fonda, y si la señora quiere oírte tocar, te llamaremos.

—Yo no puedo estar en esta fonda tan lujosa; es muy cara para mí.

—No te importe; entra, que yo pagaré el gasto que hagas.

—En ese caso, corriente; ¿cómo se llama V.?

—Federico.

—Está bien; siempre que lo desee, me encontrará á sus órdenes, dijo el jóven saludando con la gorra en la mano y entrando en la fonda.

Lindora miró fijamente al hijo de Marciana.

—No comprendo la idea de V., exclamó; y le advierto que á la señora le incomodan los sonos de esos instrumentos.

—Pero en cambio la son gratos los impulsos de la caridad, y

quién sabe si se le presentará ocasion de ejercerla en ese pobre jóven.

—Permítame V. que dude; no es solamente esta idea la que le hace obrar así.

—¡Maliciosa! ¿qué se ha figurado V.?

—No lo sé..... pero desde luego sospecho que V. conoce á ese jóven, y ha querido ver si le conocia yo tambien.

—¿Quiere V. que la hable con toda franqueza?

—Si me tiene V. por amiga, sí, señor; precisamente por ser francos hemos simpatizado desde el primer dia que nos vimos. ¿Recuerda V.?

—Ya lo creo; me encontraba aquel dia triste, desesperado, mas bien, sintiendo sobremanera este viaje que me separaba de Madrid; entonces V. me preguntó la causa de mi pena, la referí mis amores con la misma espansiva confianza que si hubiera sido á una hermana, y tuve el consuelo de oír tan dulces palabras de sus labios, que mi desesperacion se desvaneci6 de repente, quedando en su lugar una tristeza resignada y dulce que vá poco á poco pres-tándome fuerzas para proseguir ese viaje cuyo término es tan lejano.

—Pues bien, en nombre de esa simpatía, confíeme ahora su modo de pensar.

—Escuche V.: no sé por qué se me figura que el jóven del organillo es el esposo de la muger á quien tanto he amado.

—¿Clodomiro?.... ¿el hijo de D. Alvaro?

—Sí, el mismo.

—¿Pero V. le conoce?

—Únicamente le ví una vez, y fué tan deprisa, que apenas recuerdo sus facciones; despues Atilana me ha enseñado su retrato, bastándome esto y la semejanza que tiene con su hermana Tránsito para haberle reconocido al momento.

—Y en caso de que sea él, ¿qué piensa V. hacer?

—Obligarle á ser un buen esposo, ó matarle como á un perro; no merece otra cosa, si despues de sus infamias no ofrece una reparacion á su infeliz esposa.

—Pues yo voy á dar parte de esta ocurrencia á la señora, dijo Lindora.

—Todavía no; lo primero es adquirir una evidencia completa.

—Entonces V. me avisará.

Lindora, al decir esto, iba á entrar en las habitaciones de Alejandrina, y volviéndose desde la puerta, exclamó:

—Se me olvida lo principal; he salido á buscar á V. y me he distraído con la conversacion.

—¿En qué puedo complacerla?

—La señora me ha encargado procure V. informarse quién son estos sugetos que la han escrito pidiendo un socorro.

Lindora, al decir esto, presentaba dos cartas á Federico.

—¿Están aquí las señas?

—Sí, el uno está en el hospital, y el otro en un quinto piso de la Boquería.

—Bien; puede V. decir á la señora que me informaré hoy mismo.

—Hasta luego.

—Adios, señorita, dijo Federico mirando á la hermosa jóven con cierto placer que se reflejaba en sus ojos.

Despues salió, y llamando á un camarero, le dijo:

—¿Has visto entrar en la fonda á un jóven que lleva un organillo?

—Sí, señor; se le ha hospedado por orden de V., segun ha dicho, en el quinto piso.

—Corriente; deseo una cosa que voy á confiarte.

—¿Y cuál es?

—Quiero que le llesves un buen almuerzo, le hagas beber bastante.....

—Emborracharle, ¿no es eso? dijo el camarero sonriendo.

—Poco menos; le haces dormir y le sacas, sin que lo sienta, los papeles que lleve en el bolsillo, ¿entiendes?

—Sí, señor; y le prometo los tendrá V. en su poder antes de media hora.

—Lo veremos; cuanto mayor sea la prontitud en servirme, mejor será la recompensa.

El camarero salió, y cumpliendo su palabra, volvió antes de media hora con una cartera.

—Trabajillo me ha costado, dijo; mas al fin se la quité metiendo la mano en el bolsillo del gaban que se había quitado y tenía encima de una silla; logré convencerle á que se acostase desnudo, y gracias á esto, pude conseguir mi intento.

—¡Gracias!.... eres un buen muchacho; toma esa moneda y vuelve luego por la cartera para que la coloques en su lugar antes que despierte.

—No tenga V. cuidado, tiene sueño para rato.

—Y procura que no sepa quién habita en este cuarto.

—¿Acaso conoce él á la señora condesa?

—Pudiera ser; por eso deseo que ignore su permanencia aquí.

—Descuide V., que así se hará; si tiene V. alguna otra cosa que mandar.....

—Nada ya, muchas gracias.

—Yo se las doy á V. repetidísimas por su bondad en darme estas comisiones que me producen mas de lo que merezco, gracias á su generosidad.

—¡Vaya, hombre!.... eso no vale nada; cualquiera en mi caso haria lo propio.

—No, señor; hay gentes muy desconsideradas; aquí en la fonda tenemos un conde y una condesa de Flor de Lis, que son la gente mas miserable que se conoce. Todo el dia estoy con recados de la señora, con recados del señor, que voy, que vengo, que traigo, que llevo, y todavia no he recibido en recompensa ni un maravedí.

—¿Son franceses por ventura?

—No, señor; españoles y bien españoles; deben tener mucho dinero, ó pocos ánimos de pagar, porque se dan muy buena vida.

—¿Y qué hacen aquí?

—Segun les he oido, van á los Estados-Unidos, y esperan la llegada de un buque que debe conducirlos á Nueva-York; pero ¡ca-lla!.... aquí está el señor, mírele V., ahora sube á su cuarto.

Federico asomó la cabeza á la puerta que comunicaba con la escalera, y vió al caballero que le indicára el camarero.

—¿Y dices que ese hombre es conde? exclamó con sorpresa.

—Los pasaportes así lo dicen, y ellos tambien.

—¿Y su esposa cómo se llama?

—Como él, condesa de Flor de Lis.

—Digo el nombre; ¿no lo has oido alguna vez?

—¡Ah! sí, señor; si no me equivoco, se llama Cristina.

—¿Es una señora de unos cuarenta años?

—Sí, señor, muy bien parecida.

—¿Pálida, nerviosa y con unos ojos negros, muy vivos, donde se vé pintada la altanería?

—Creo que sí, ¡ella es!....

—Pues observa si se parece al jóven del organillo.

—¡Será posible!.... ¡qué cosas tiene V.!....

—Observa y calla.

—Corriente, así lo haré.

—Y comunicame cuanto veas y oigas; ¿lo entiendes?

—Pierda V. cuidado, que no se me escapará ni un ápice.

—Pues adios.

El camarero subió al piso segundo de la fonda, donde tenia su habitacion el conde de Flor de Lis.

Federico, entrando en su cuarto, que estaba inmediato á las habitaciones que ocupaba Alejandrina y era un bonito gabinete con balcon á la Rambla, se sentó delante de una mesa, donde colocó varias cartas y papeles que fué sacando de la cartera.

Apenas abrió uno de ellos, exclamó:

—Pues señor, no me engañé: él es, el infame esposo de Atilana; pero ¡qué casualidad haber venido á parar á la misma casa donde está su madre!.... porque no me queda duda, ese éonde de Flor de Lis es Tragabombas, y la que pasa por su esposa, Cristina Guanter, la falsa marquesa de Blancarosa, que en union del bandido, continúa en este mundo su carrera criminal!.... ¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡cuánta infamia!.... ¡cuánta infamia!

Federico dijo estas palabras con espresion de honda amargura; cubriéndose la cara con las manos.

CAPÍTULO II.



ARGO tiempo permaneció el honrado hijo de Marciana en actitud meditativa; luego, levantando la cabeza, exclamó haciendo un esfuerzo:

—Vamos á ver lo que contienen estos papeles.

La primera carta que abrió era de Tránsito, decía así:

«Hermano mio: me avergüenzo de darte este nombre, estoy indignada, llena de ira hácia tí al ver tu conducta infame y desleal. Nunca te creí un hombre de honor, pero jamás, á no verlo, hubiera podido persuadirme de que abrigabas tan malos sentimientos.

»Marciana me ha presentado á mi cuñada, á esa pobre niña á quien has engañado vilmente casándote con ella y abandonándola en seguida, robándola despues cuanto tenían en su casa. Esto es una picardía, mucho mas cruel, cuanto sus consecuencias han sido deplorables, porque causaste la muerte de doña Irene. Mas no has de reirte de la gracia, porque todo tiene su cas-

tigo en este mundo, y tú tienes que hallarle cumplido al verte solo, sin recursos, en pais extranjero, precisado á ganarte la vida con un organillo, segun me decias en la tuya. Esta es una justa expiacion á tu delito, y te dejo que la sufras sin mandarte dinero, á pesar de que ahora lo tengo abundante, gracias á la generosidad de la condesa Alejandrina, que me ha dotado en dos millones de reales, dejando tratada mi boda con Senen, que se efectuará hasta dos años, cuando papá cumpla su condena, á la que se ha sujetado con una mansedumbre sin ejemplo.

»Por mi carta anterior verias que la condesa, siempre generosa y magnánima, consiguió que S. M. le indultase; mas no pudo alcanzar una libertad completa, y continúa preso; si bien gozando de nuestra compañía y de todas las comodidades apetecibles.

»El abuelo desempeña encargo de importancia en casa de la condesa y vivimos en su palacio de la colonia; ahora todos somos ricos, todos felices, excepto tú, que sufres desgracias y privaciones.

»Atilana, tu esposa, habita tambien en la colonia, acompañada de la tía Lentejas, una preciosa casita que la ha regalado la condesa, señalándola además una considerable pension que la basta para vivir hasta con lujo, si quisiera; pero la pobre está siempre triste: el pesar de haber unido su suerte á la tuya, la está quitando la vida; no encuentra la infeliz otro consuelo que llorar en mis brazos. Es tan buena, ¡la quiero tanto!... ¡Ay! ¡si Dios hiciera contigo un milagro y te arrepintieses de tu mala conducta, entrando en el buen camino!... creo que aun podriamos perdonarte ella y yo, el abuelito tambien, y nuestro padre, que parece un santo. La prision y el susto de verse al pié del patíbulo le han purificado de tal modo, que no es conocido.

»Ahora es imposible encontrar un hombre mas humilde, mas bueno, ni mas cariñoso que él; no le conocerias si le vieras; ha cambiado tanto física como moralmente.

»Su rostro, marchito y pálido, ha envejecido notablemente; su cabellera, antes negra y lustrosa, se ha vuelto blanca como la nieve, y de sus ojos se desprenden á cada paso lágrimas de arrepentimiento y de dolor.

»Si en tí se hubiera de obrar tambien una transformacion semejante, me alegraria verte al pié del patíbulo; pero habia de ser con la esperanza segura de tu salvacion.

»Nada me dices de Cristina, te contentas con indicarme que no la encuentras; pero que sabes es feliz, y yo necesito me hagas una estensa relacion de tu vida desde que has puesto el pié en Italia; solo con esta condicion continuaré escribiéndote, aunque te aseguro de nuevo que me avergüenza ser tu hermana; tus calaveradas comienzan á ser de muy mal género, y es triste por cierto que recaigan sobre una familia honrada las maldades de un loco sin corazon, sin nobleza.

»Adios; enmiéndate, vuelve á entrar en la senda del bien y solo de este modo encontrarás indulgencia y perdon en el corazon de tu hermana

Tránsito.»

Federico, dejando esta carta sobre la mesa, exclamó:

—Ya comprendo el motivo de su vuelta á España; en cuanto ha sabido que su familia tiene dinero, se ha venido; afortunadamente la condesa ha tenido la buena idea de señalar una pension á Atilana, la que nunca puede faltarle, así no se verá otra vez despojada por su indigno esposo. Continuemos viendo estos papeles, añadió el jóven tomando un pliego que por los muchos borrones y líneas tachadas que tenia, conoció ser el borrador de una carta en la que Clodomiro daba á su hermana las noticias que le pedia en la anterior.

Como esto puede dar á nuestros lectores muchos detalles, la copiaremos toda; hé aquí, pues, su contenido:

«Hermana querida: tus cartas y tus dulces reconvenciones tienen el poder de hacer arrepentirse de sus culpas al pecador mas endurecido. Apenas la leí, me puse en camino; á España voy, deseando obtener el perdon de Atilana, el tuyo y el de toda la familia. No quieres mandarme dinero por castigarme mas; pues bien, admito el castigo, y aunque tarde en llegar á vuestro lado, iré con el organillo, á pié, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, implorando la caridad pública hasta Madrid. ¿Quieres mayor prueba de humildad? ¿Descas que de otra manera te manifieste el sincero

pesar que me acosa por haberme dejado guiar por los malos instintos que prestan al corazón el egoísmo y el orgullo? Creo estarás satisfecha y serás tan buena como siempre, intercediendo por mí y labrando mi futura felicidad.

» Voy á darte los datos que me pides acerca de mis acontecimientos en Italia.

» Llegué á Venecia, viajando con toda comodidad, gracias á los diez mil reales de los muebles de doña Irene, (Dios la haya perdonado) y me encontré de buenas á primeras con que Cristina y Temistocles habian salido para Florencia el mismo dia de mi llegada. Esta contrariedad me desconcertó, porque mis fondos eran pocos y yo iba fiado en el bolsillo de mi amigo, que debia estar bien provisto, á juzgar por la cuantiosa herencia que debia recoger en llegando á Italia. Empero esta era una farsa sin duda para seducir á Cristina y que le siguiese, fundando la base de su fortuna en el talento de mi hermana, porque, segun me dijeron en Venecia, apenas se vió solo con ella y en pais extranjero, la obligó á contratarse en un teatro, castigándola fuertemente hasta que lo consiguió.

» Cristina, como sabes, tiene una magnífica voz, ha estudiado la música con entusiasmo y posee un método de canto admirable. Como Temistocles es músico, comprendió estas ventajas y se propuso sacar partido de ellas.

» Cuando supe en Venecia que Cristina cantaba en el teatro y que habian salido para Florencia, los seguí, encontrándome al llegar á esta ciudad, bastante desprovisto de recursos, porque los diez mil reales se agotaban con una rapidez pasmosa.

» Llego á Florencia, pregunto en el teatro dónde vivia la señorita Cristina Guanterini, pues así me dijeron en Venecia que se llamaba; me dieron las señas de un hotel, en el cual se hospedaba. Fui allá, pregunto á los camareros, y me contestan:

—» Arriba en su cuarto está el señor.

» Subí muy tranquilo, creyendo buenamente que Cristina habia salido con objeto de hacer alguna visita ó realizar algunas compras; pero me quedé estático al ver á Temistocles que se paseaba á lo

largo del cuarto con las facciones descompuestas, los ojos chispeantes y bufando de coraje.

—» El recibimiento que me hizo fué querer romperme una silla en la cabeza, lo cual evité diciéndole con un tono bastante dulce para calmar su arrebato:

—» Pero, hombre, ¿qué es esto? ¿así recibes á un amigo que viene desde tan léjos por solo el placer de abrazarte?....

—» Nadie mejor que tú debería pagar las infamias de tu hermana, me dijo soltando la silla y sentándose con abatimiento en un sofá; yo me senté á su lado y le dije:

—» ¿Tengo yo por ventura la culpa de que te haya ofendido? y sobre todo, dime lo que hay, veremos de remediarlo.

—» ¡Buen remedio!.... ¡cuando la infame me deja por seguir á otro!....

—» ¿Y eso es cierto?.... pero ante todo: ¿estais casados?

—» No ha querido ella casarse.

—» ¡Cómo que no ha querido!

—La verdad, amiguito; yo adiviné en ella un genio de primer orden; al oirla cantar en algunas reuniones, comprendí que podría brillar mucho en el teatro, y concebí el proyecto de traérmela á Italia, lo que hice efectivamente, pensando que nos casáramos en llegando aquí. Se lo propuse en Venecia, y se negó, ¿sabes por qué?

—» Quizá por tus malos tratamientos; me han dicho que no eras muy amable con ella.

—» Buen trabajo me costó hacerla salir á las tablas; pero no era por eso, sino porque se encontró que mi herencia y mi título eran un sueño.

—» ¡Cómo un sueño!....

—» No habia nada de realidad; no sé por dónde diablos adquirí yo la idea de aquella maldita herencia que no hemos encontrado en ninguna parte.

—» ¡Ah, bribon!.... ¿conque la engañaste?

—» ¿Y qué quieres? de algun modo la habia de obligar á seguirme y á ser mi esposa; mas no lo he conseguido; pues al ver

nuestros apuros, que hemos tenido necesidad de vender hasta las ropas de nuestro uso para sostenernos, se ha vuelto atrás de su palabra, diciéndome con mucho descaro:

—» Yo no quiero casarme con un perdido á quien tengo que mantener cantando en el teatro; ya que trabaje, será para mí sola.

—» Y tenia razon, dije yo.

—» ¿Y su honor?... ¿no conoces que tu hermana se ha venido conmigo de España?

—» De todos modos su reputacion está perdida.

—» Del mismo modo me ha contestado ella, parece que estais de acuerdo, pues mira, Clodomiro, si no me ayudas á convencerla, te rompo la cabeza.

—» No estás tú sin ella, y puede sucederte eso propio que pienas hacer con la mia, le dije; pero en fin, sepamos dónde está Cristina.

—Se ha marchado con el empresario de un teatro de los Estados-Unidos que se hallaba en este hotel; la oyó cantar, le gustó, la contrató ventajosamente y han partido esta mañana temprano para Milan, donde, segun me anuncia en esta carta que ha dejado escrita, permanecerá quince dias, marchando despues á Nueva-Yorck.

—» Y tú ¿qué piensas?

—» Ir á buscarla y obligarla á que sea mi esposa; ella tiene que hacer una gran fortuna, ya lo verás, es un genio, tiene una voz admirable, arrebatadora, y eso que aun no ha estudiado lo bastante para llegar al grado de perfeccion que necesita.

—» Pues, hijo, en esa empresa no cuentes conmigo; iremos á Milan y la veremos, dejándola en libertad para que obre á su gusto.

—» Corriente, dijo Temistocles; pues vámonos á Milan.

» Efectivamente, querida Tránsito, fuimos á Milan, gastando el último dinero que me quedaba; Temistocles no tenia un maravedí, por manera que nos vimos en poco tiempo reducidos á una miseria espantosa.

» Cuando llegamos á Milan, Cristina habia partido, por manera

que no la hemos podido ver; entonces fué cuando te escribí pidiéndote noticias de Madrid y dinero, que no has tenido á bien facilitarme; pero como el hombre que posee una voluntad á toda prueba, no se acobarda por nada, he resuelto llegar hasta tí de la manera que sabes, tocando el organillo. Este instrumento que Temistocles compró en último apuro para mantenernos con él, nos ha servido en Milan para sostenernos unos cuantos dias hasta que recibí tu carta y me puse en camino, dejando á Temistocles colocado en una plaza de músico del teatro.

» Ya sabes toda mi vida; ahora espérame, y no vuelvas á escribirme; yo procuraré, segun los medios con que cuente, estar cuanto antes cerca de tí y de mi pobre esposa, á la cual no dirás una palabra de esta resolucion, porque quiero sorprenderla; deseo conquistarme su cariño haciéndola olvidar las penas que la he causado.

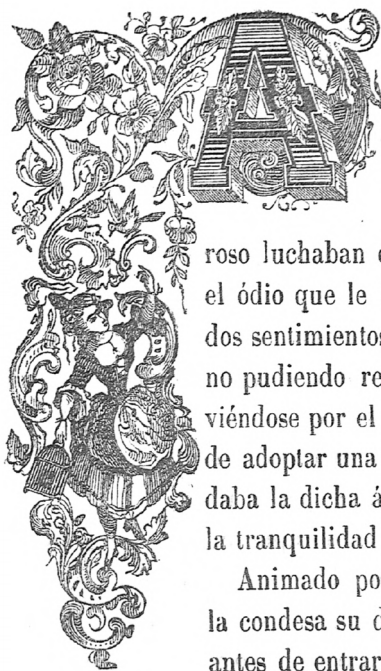
» Adios; abraza en mi nombre á los abuelos y á papá, conservando la espresion del mas tierno cariño para tu hermano

Clodomiro.»

Federico dobló el papel, y encogiéndose de hombros, murmuró quedándose pensativo:

—Este jóven tiene mal corazon; la necesidad le obliga á fingir un arrepentimiento que no siente. ¡Pobre Atilana!... En fin, es preciso dejar que se cumplan los altos juicios de Dios!....

CAPÍTULO III.



LGUNOS minutos permaneció Federico en la meditativa actitud en que le dejamos en el capítulo anterior.

En su corazón noble y generoso luchaban el cariño que sentía por Atilana y el odio que le inspiraba Clodomiro, siendo estos dos sentimientos tan fuertes, que le hacían sufrir, no pudiendo resolverse á satisfacer uno ni otro, viéndose por el contrario en el único caso posible de adoptar una resolución conciliadora, que si no daba la dicha á su amada, la diese por lo menos la tranquilidad y la fortuna.

Animado por estas ideas, resolvió participar á la condesa su descubrimiento y sus temores; pero antes de entrar en su aposento, quiso desempeñar su encargo de averiguar el estado en que se hallaban los dos sujetos que habían implorado su piedad. Al efecto tomó su capa y su sombrero, se embozó con cuidado, porque ya el frío empezaba á dejarse sentir, y abandonando la fonda, salió á la Rambla, entrando poco despues en la calle de la Boquería.